—¿En medio de esa agitación, de esa multitud donde estáis llamada á vivir y brillar?

Con ademán autoritario le obligó á callar.

Tenian puesta la mesa en el inmenso comedor, junto á una ventana con vistas al mar.

El blanquísimo mantel, la cristalería y la vajilla formaban un gran contraste con el servicio del coronel Scott.

El menú estaba lleno de promesas. El Champagne se refrescaba entre hielo.

La joven habia querido que el festin dejase un buen recuerdo en los convidados.

Era algo así como un saludo á la patria, una fiesta de bienvenida.

—Vamos á cenar—dijo cogiéndole del brazo, al ver que su padre y Fremont entraban. —Más tarde charlaremos de nuestros pequeños asuntos... Tiempo tenemos.

Juan Redon parecia estar casi alegre.

El baron hizo esta observacion.

—Sí—le contestó Juana.—Le he dicho dos palabritas. ¿No es acaso un deber mio el devolver la tranquilidad y la alegria á los seres queridos?

Animó la cena con su alegria y su gracia.

Ella fué quien hizo las veces de dueña de casa.

Las personas que se hallaban en el comedor no hacian más que mirar hacia aquella mesa.

Fremon, muy contento por respirar el aire de su Normandía, la dijo:

—Casi creo, señorita Juana, que hemos hecho muy bien en volvernos á nuestra tierra. No os faltarán novios.

La joven miró al baron.

Su rostro estaba impasible.

Hasta se sonreia.

Quizás aquella sonrisa era obligada.

—¡Oh, trabajillo me va á costar; pero he de lograrlo!

Y levantando la copa de Champagne, dijo:

—¡A vuestra salud, baron, y porque nuestra dicha sea completa en nuestra querida patria!

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, tomaban todos el rápido de Paris.

II

El marqués de Bordes á la condesa de Busey.

«Querida amiga:

»Recogí vuestra carta ayer en el Círculo, adonde fuí expresamente á buscarla.

»Cuanto más reflexiono, más cruel me parece la conducta del señor Redon.

»Hubiera deseado no pronunciar su nombre, pero las circunstancias me obligan á hacerlo.

»Indudablemente habeis sido poco justa con él, y él ha debido sufrir cruelmente por nuestra falta común.

»Tiene esa disculpa.

»Además, su carácter ha debido agriarse en la vida errante y penosa que ha hecho en el extranjero, y para lo cual ha debido hacer esfuerzos de valor y de energía extraordinarios.

»En una palabra, la costumbre de luchar

para vivir no se ha hecho para dulcificar los caracteres.

»Es preciso tener en cuenta todas estas circunstancias para juzgarle, y, sobre todo, juzgarnos á nosotros mismos, que le hemos ofendido cruelmente, y que los resentimientos del ultraje deben suscitar terribles cóleras en ese hombre tan enérgico.

»Establecido este punto, dejadme, Teresa, que os diga que vuestra desesperación me aterra y me entristece, hasta un extremo que no podeis comprender.

»Nuestra desgracia va indudablemente más allá de lo que podíamos temer, y yo mismo tengo momentos de desconsuelo, viendo la inutilidad de mis esfuerzos.

»Sin embargo, sigo creyendo que una feliz casualidad ha de venir en nuestra ayuda.

»Ya sabeis lo mucho que os aprecio y lo que diera por veros feliz.

»Creedme, pues.

»Seguid los consejos que os dicta mi amistad.

»Estamos cruelmente heridos; ¡pero cuántos otros no lo están mucho más!

»Dirigid una mirada á todo cuanto os rodea, y por un ser dichoso que encontreis vereis á miles los desgraciados.

»Sois rica, estáis muy por encima de todos cuantos os rodean; teneis todos los privilegios de la fortuna y de la posición.

»Consolaos haciendo mucho bien, aliviando á los que sufren en memoria de esa pobre niña, que quizás sea tambien desgraciada.

» Nos os desconsoleis.

»Y sobre todo, no os vayais á abatir y á dejaros caer en un desfallecimiento deplorable.

»Pensad en aquella que os necesita y que tanta dicha os proporcionaria si la volvieseis á ver.

»En cuanto á mí, no perderé la esperanza hasta que no se me demuestre que no existe.

»Y ese dia no ha de llegar.

»No sé que presentimiento me lo dice.

»Por fin, aunque ese desastre llegase á anonadarnos á los dos, pensad, querida amiga, en que os queda aun un consuelo, el recuerdo de aquel que os ha querido tanto.

»Creed que aun os queda mi inalterable amistad y que estará siempre á vuestro lado para sosteneros y compadeceros.

»Me vuelvo á Lusay, donde se halla toda mi familia desde hace dos dias, pero estad tranquila.

»No olvido nada de cuanto pueda contribuir á devolveros la alegría.

»Tened valor, os lo suplico.

»Por el amor de nuestra hija.

»Vuestro amigo,

»RAIMUNDO.

Eran las diez de la mañana cuando la condesa recibió esta carta.

La leyó rápidamente, la metió en una carterita que llevaba siempre y que entre otros objetos preciosos contenía el retrato de sus hijas cuando eran jovencitas. Estaba vestida de negro y se disponia á salir.

En el patio del hotel esperaba un cupé.

Los caballos estaban impacientes.

Montó, la puerta se abrió y el elegante carruaje se dirigió á todo correr al Bosque.

En las cercanías de Bagatelle se detuvo.

La condesa se bajó y algunos pasos de ella vió á una joven que á toda prisa se dirigía á su encuentro.

Dos niños jugaban en un paseo al el cuidado de una niñera de edad madura y de respetable apariencia.

Al contempiar aquel espectáculo, todos los dolores de la desgraciada se recrudecieron.

También ella había tenido dos niñas que llevaba á que jugasen en los Campos Elíseos ó en las Tullerías, y estaba separada de ellas para siempre.

La joven la tendió las manos.

Era la vizcondesa de Breville.

—¡Querida Magdalena!—exclamó la condesa de Busey.

—Te he dado cita aquí... Es preciso que ignoren nuestras relaciones. De otro modo no podría servirte... He preguntado á mi marido... No conoce nada de cuanto á tu pasado se relaciona. Todos los amigos del señor Redon le creen viudo y no han intentado nunca cerciorarse de la verdad. Indudablemente cuando se marchó de Francia contaba no volver más.

Y en seguida añadió:

—Tu hija estará aquí dentro de muy pocas horas... Hemos recibido un telegrama de Nueva York, hace ocho dias, y nos ha sido confirmado por otro que nos han enviado ayer del Havre. El señor Redon llega con el amigo de mi amigo el baron Panel, al cual no he visto

nunca, pero por el cual mi marido siente una verdadera admiración y un inmenso cariño. Vienen además acompañados de un tal Fremón, un compatriota del baron, al cual ha servido de factotum y le profesa gran cariño.

—¿Qué edad tiene el baron Panel?

—Si no me engaño, no es joven; debe tener unos años más que mi marido, dos ó tres próximamente... Raya, pues, en los cincuenta... Sabrás que esos dos señores profesan gran aprecio al señor Redon. Es, según su opinión, un compañero de relaciones seguras, de una probidad incontestable y de gran inteligencia. En cuanto á su valor, es superior á todo elogio. Hablo, como es natural, por referencias... Sin embargo, he visto á tu marido... cuando hizo su último viaje... Pero estuvo poco tiempo en nuestra casa, y además estaba muy preocupado... Querida Teresa, me conoces, soy una mujer de una sencillez excesiva, de lo más burgués que pueda encontrarse en la tierra... Ignoro lo que son las grandes emociones, y no he conocido las pasiones... No comprendo el odio que te profesa el señor Redon, y que dura tantos y tantos años, y condeno el tormento que te impone... Quisiera, pues, ayudarte con todas mis fuerzas; pero quisiera evitar también toda causa de reproche por parte de mi marido, que, como sabes, es el hombre más bueno del mundo. ¿Cómo nos arreglaremos?... Dime primero qué es lo que deseas... Ver á tu hija, ¿no es eso?

—Sí.

—Hablarla...

—¿Para qué? ¿Qué podría decirla? ¿Que vivo

cuando ella me cree muerta? ¡Tiempo tendrá de saberlo!... Además, el señor Redon tiene armas terribles que esgrimir contra mí.

—¿Qué clase de armas son esas?

—La declaración de mi falta; el reconocimiento por escrito de que mi otra hija lo es del adulterio... Me ha amenazado con servirse de ellas, de revelar todo á la que conserva á su lado, y cuyo corazón é inteligencia ha debido formar de una manera especial para que comparta sus sentimientos hacia mí... ¡No, mi querida Magdalena, no quiero hablarla! Temo oir palabras que me destrozarían y que no podría soportar... Estoy ya sin fuerzas, no tengo valor... Todo se vuelve contra mí... Tan solo quiero verla, contemplar su rostro; esto es lo que te pido y te bendeciré... Escóndeme en cualquier parte, en la estufa, en un pasillo, en un cuarto oscuro, en cualquier parte, donde quieras, no me importa el sitio; pero que pueda estar á su lado un momento, que oiga su voz... Magdalena, te lo suplico.

—Eso es muy sencillo, mi querida Teresa. ¡No es posible que yo te niegue una cosa semejante!

Se pasearon un momento la una al lado de la otra, hablando en voz baja.

El bosque tenia toda la animación del paseo matinal.

La señora de Breville no se atrevía á alejarse de sus hijos, y los vigilaba con la ternura de las madres dichosas.

Tenía una niña y un niño—¡deseo de reyes! decían nuestros padres,— de cinco á seis años, y su amiga les dirigía envidiosas miradas.

Jinetes y amazonas paseaban en grupos ó por parejas.

Una nube de ciclistas pasaba á toda máquina.

Algunos paseantes, más filósofos, seguían á pie las alamedas y paseos, gozando de aquel espléndido dia que ya anunciaba la proximidad del otoño.

Teresa escuchaba atentamente á su amiga, y á veces parecia como que discutía con ella una idea ó un proyecto, sobre el cual parecieron quedar de acuerdo.

Por fin la señora de Breville resumió:

—¿Me has comprendido?

—Sí.

—Te indicaré la hora con dos letras. Estarás muy bien cerca de la estufa... Mi doncella te guiará... Y después yo me arreglaré... Nadie sabrá una palabra... Si por casualidad sucediese algo imprevisto, te avisaria y buscaría otro medio... No tengas miedo que yo buscaré una ocasión.

La joven añadió, dirigiendo una mirada á sus hijos:

—¡Si supieras cuánto te compadezco!... Si á mi me quitasen esos ¿qué sería de mí?

Una sonrisa levantó sus sonrosados labios.

¡Nada tenía que temer!

¡Era amada!

¡Era feliz!

Al separarse de su amiga, Teresa la estrechó con efusión, murmurando:

—No te puedes figurar hasta qué punto te estaré agradecida.

Montó en el coche y dijo al cochero:

—Al hotel.

Poco tardó en llegar.

Por primera vez desde hacia mucho tiempo, aquella entrevista devolvió á su alma un poco de tranquilidad.

La esperanza de poder hallarse á pocos pasos de distancia de su hija, de la que la habían separado hacia tanto tiempo, daba á su ansiedad una tregua.

Su doncella la esperaba en el vestíbulo.

—Tenemos una visita—dijo.

—¿Quién es?

—El capitán.

—¡Mi padre! ¿Dónde está?

—En vuestro cuarto.

Teresa se dirigió corriendo al sitio indicado.

El anciano, aun cubierto del polvo del viaje, esperaba hacía ya más de media hora.

Se hallaba casi tumbado en un sillón muy blando y gruñia contra sus malditos dolores.

La habitación de Teresa se encontraba en el mismo estado en que la había dejado el conde de Busey.

Era un cuarto digno de una princesa, una maravilla de elegancia y de gusto.

Los muebles estaban en el mismo estado, porque los dueños no habían vivido apenas en el hotel.

El capitán Tonelie estaba muy cambiado.

En realidad pasaba á la categoría de ruina, y su humor, ya malo de por sí, se había agriado mucho más.

Su rostro estaba surcado de arrugas, su piel era un pergamino, tenía que hacer esfuerzos extraordinarios para poder permanecer de pie.

Los dolores de reuma le hacian sufrir horriblemente.

Renegaba de los médicos, que no podian aliviarle y que se concretaban á dar nombres nuevos á enfermedades antiguas.

Ya no decian reumatismo.

Decian artritismo.

¡Valiente cosa!

El que logra inventar una palabra se cree el hombre más sabio del universo.

Pero no habian aliviado en nada sus males.

Palabras y agua bendita. Música.

¿Qué es lo que curan esos charlatanes?

Al mismo tiempo que esperaba á su hija, que tardaba en llegar, examinaba refunfuñando las magnificencias de aquella casa de rico, que la belleza de Teresa habia conquistado.

Era para él algo así como un sueño.

No habia querido nunca disculpar aquella opulencia, ni aprovecharse de ella.

Seguramente queria á su hija, pero en el fondo de su pensamiento tenia siempre una reprobación de su conducta,

Se lo habia repetido á su hija muchas veces.

Siendo casada y madre habia tenido un amante.

Y ella tenia que confesarlo.

Porque aunque hubiese tratado de negarlo, la casita de la calle de Bac la hubiese acusado, haciendo toda defensa imposible.

Después se habia divorciado.

Los hechos eran palpables.

Ahora bien; según las opiniones del oficial, el divorcio por sí mismo constituia una mala acción.

Situación falsa.

Se habia casado, no cabia duda.

Y hasta de una manera regular, el capitán no queria ni discutirlo, pero ¡qué diferencia si su Teresa en vez de haber llegado á ser condesa, millonaria, poseyendo hoteles, coches, posesiones, guardas, criados, hubiese sido una mujer honrada, una buena madre de familia, llamándose hasta el final de sus dias la señora de Redon!

¡Cuántas riquezas, pero en cambio cuántos pesares de menos y cuanto aprecio más!

Se hallaba sumido en estas reflexiones, frecuentemente interrumpidas por movimientos de impaciencia.

La puerta de la habitación se abrió, y Teresa se precipitó en los brazos de su padre.

—¡Cuánto siento haberos hecho esperar!... Pero ¿por qué no me habéis avisado? Hubiera ido á buscaros á la estación.

—No hay necesidad... ¿Qué sería de los cocheros de punto si todo el mundo tuviese carruajes propios?

—¡Cuánto me alegro que hayais venido!... ¡Cuán bueno sois! Ha sido mi carta...

—Algo ha contribuido...

No creyó merecer tanto agradecimiento y añadió:

—Además tengo que hacer.

—¿Vos?

—Sí; primeramente consultar á unos cuantos médicos, á ver lo que me mandan para estos pícaros dolores.

—¿Os hacen sufrir?

—No; no hacen más que molestarme. Demasiado sé que todos los «hombres de ciencia», hasta los más renombrados, no podrán hacer absolutamente nada; pero quiero reconocer una vez más su inutilidad.

—¡Oh!

El capitán añadió:

—¡Cuernos! buena casa tienes... pero buena. No se ven más que dorados por todas partes. ¡Cuánta riqueza!... Todo esto es más rico que lo que habia en la calle de Bac...

—¡Padre mío!

—No puedes quejarte del destino. Esta es una de las casas donde no hay que hacer más que una cosa: vivir. Y sin embargo, la carta de que me hablabas antes no podía ser más triste.

Se dulcificó un tanto, é incorporándose un poco, no sin haber lanzado una queja, exclamó:

—¡Cuándo querrá Dios que esta carraca no me moleste!

Y haciendo una seña á su hija para que se acercase, dijo:

—Vamos á ver, ¿qué ocurre?

—Que vuelve á Francia.

—¿Quién?

—Mi marido... Quiero decir, Juan Redón.

El capitán contestó:

—Está en su derecho... Supongo que no querrías impedírselo.

—Claro que no.

—Vendrá muy contento... ¿Qué más?

—Que trae á mi hija.

—¿Juana?

—Sí.

—Claro que no podía dejarla en América entre los apaches, los gruesos vientres, los pies negros, los cabezas lisas y los pieles rojas. ¡Demontre! ¡qué sociedad más escogida para una joven!

—¡Cuán poco cariñoso sois, padre mío! Compadecedme, porque soy muy desgraciada.

—¡Que no soy cariñoso! ¿Por qué? Digo las cosas como son. Hace mucho tiempo que vivo encerrado en mi casita, y no hago más que leer, porque tampoco puedo hacer otra cosa, y como, según las pocas palabras que se le han escapado al doctor Rebul, he supuesto que mi yerno debía hallarse en los Estados Unidos, hacia la Montaña Negra, me he proporcionado libros y he estudiado el país.

—¿Vos?

—A fondo. He adquirido la convicción de que el país es horrible, y que tu pobre marido ha debido pasar allí muy mala vida... y que debe volver con un carácter muy agriado, muy exaltado y con costumbres endemoniadas...

—¡Me odia!

—No puede ser por menos, mi querida Teresa; yo miro las cosas como son y veo la situación tal cual es. El desgraciado no puede estar contento de su boda... ¿Qué queriais que hiciera?... Se marchó... Ha ganado una fortuna... Vuelve... Estas circunstancias habia que esperarlas... Que te profese cólera, odio, es muy justo. Tú has causado su desgracia. Seria pedirle mucha virtud si fuese á devolverte bien por mal... Su regreso te hace temblar. ¡Siempre lo falso de tu situación! ¿Pero qué quieres? Tú mismita te la has buscado...

El capitán se pasó la mano por su blanca barba, movió la cabeza y añadió:

—Sí, es una situacion falsa, archifalsa; pero no se puede hacer nada. Te pasa con esto lo mismo que á mí con los médicos.

Teresa se irguió.

—Dejemos á ese hombre—dijo.—No es él quien ocupa mis pensamientos... Somos extraños.

El anciano oficial dijo con buen humor:

—¡Extraños!—dijo.—¿A quién piensas hacer tragar esa píldora? ¿Pueden ser extraños dos individuos después de haber vivido cinco años en una existencia común, cuando de una unión legítima han nacidos hijos... cuando por fin?... ¡Vamos, calla, no digas esas cosas!...

—Precisamente esos hijos son los que me entristecen y me atormentan... los que me desesperan.

—¿Pues y á mí?... Mis nietas, de las que estoy separado, que no las he podido ver... que no me conocen... No he tenido nunca un recuerdo de ellas... ¡Ah, hija mia, tu falta nos ha sido fatal á todos!

—No me la reprocheis, os lo suplico. ¡Si supiéseis!

—¿Hasta qué punto sufres el castigo?

—¡Oh! sí.

—¿Piensas acaso que lo ignoro?

—¡Juana que cree que no existo!

—Bueno, pues no tardará mucho en saber lo contrario...

—Raimunda perdida.

—Eso es lo más grave. ¿No has tenido noticias?

—Ninguna.

—¿Todas las pesquisas?...

—Inútiles.

El capitán se pasó la mano por la calva.

—Es desesperante, en efecto—dijo.

Cogió entre sus manos la de su hija, y enternecido preguntó:

—¿Hacen cuanto es posible?

—Y lo imposible.

—¿Quién se ocupa de esto?

—El señor de Bordes...

—¡El!—exclamó el capitán con desprecio.

—¡Claro!... ¿No le hiere á él lo mismo que á mí?

—¿Y la marquesa?...

—No sabe nada. El señor de Bordes no pasa día sin escribir á todas partes, sin descansar en la tarea impuesta.

—No pierdas las esperanzas.

—¡Ay!

—Es imposible que no se llegue á saber la verdad.

—Esto es lo que me repiten sin cesar.

—A menos que la desgraciada no exista... pero de todos modos se terminaría y sabríamos á qué atenernos.

Teresa lloraba. El capitán la miró con ternura.

—Escucha; te voy á decir la verdad sobre mi viaje. Tu carta era tan desconsoladora y tan desconsolada, que me ha asustado.

—¡Padre mío!

—He pensado que varias veces has tenido la intención de cometer locuras y que podrías volver á empezar.

—¡Oh!

—Entonces, á pesar de la repugnancia que me inspiran los viajes, he tomado el tren. Demasiado sé que no sirvo para nada; pero quizás pudiera detenerte en la pendiente por la cual ruedas... ¿Me quieres tener aquí á tu lado?

—Con gran alegría.

—Tan solo por unos días... lo que dure esta crisis... Ha de pasar... El tiempo es mejor que los empíricos con quienes yo tengo que habérmelas... Cura muchas enfermedades, sobre todo las del alma... Haz que me preparen una habitación.

—En seguida.

—Y agua, mucha agua... Hay que arreglarse mucho en una casa tan aseada. ¡Y paciencia!... Ya verás... Todo se arreglará.

Y añadió:

—Por lo menos así lo espero...

—¡Oh! querido padre, quiera Dios que no os equivoquéis.

Y derramando un torrente de lágrimas, Teresa se precipitó de nuevo en los brazos de su padre, que no queriendo demostrar su emoción, pero no pudiéndola contener, gimió:

—¡Ten cuidado, que me haces daño!... ¡Estos pícaros dolores!

III

Una muralla de hielo.

Teresa se quedó aún más triste después de su entrevista con el capitán Tonelie.

Veia que su padre se violentaba para soste-